

La guerra del paraguay y la construcción del estado nacional: su funcionalidad en el proyecto hegemónico del liberalismo porteño.

Argañaráz, Diego.

Cita:

Argañaráz, Diego (2017). *La guerra del paraguay y la construcción del estado nacional: su funcionalidad en el proyecto hegemónico del liberalismo porteño*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/591>

La guerra del Paraguay
en el proceso de construcción del Estado nacional:
su funcionalidad en el proyecto hegemónico
del liberalismo porteño

Argañaráz Luis Diego

ISP “Dr. Joaquín V. González”

Para publicar en actas

La guerra de la Triple Alianza significó la destrucción del único proyecto hispanoamericano en desarrollar un modelo capitalista autóctono bajo monopolio estatal. Paraguay resultó integrado al capitalismo dependiente, según el tono del liberalismo imperante, pero en una posición aún más subordinada ante sus poderosos vecinos. En Argentina, el conflicto coadyuvó a la creación de un ejército profesional y nacional, capaz de aplastar no sólo al enemigo paraguayo, sino aún más importante para el naciente Estado, al disenso federal del Interior que, una vez muerto Urquiza, se incorporó al nuevo orden liberal en un proceso que finalizará en 1880 con la “conquista” de Buenos Aires por el Interior de la mano de una coalición de gobernadores liberales provincianos. Este trabajo se propone demostrar que el Estado liberal argentino fue el gran vencedor de esta contienda. La guerra le proporcionó una oportunidad de acallar la disidencia interna y consolidar un sistema político nacional, no libre, sin embargo, de contradicciones y cuestionamientos.

Un primer acercamiento a la cuestión

En el marco historiográfico argentino de fines del siglo XX, los temas bélicos han sido estudiados sólo de manera tangencial. El público en general, e incluso muchos investigadores, asocian las historias de las guerras como un compendio meramente descriptivo de batallas, ejércitos, armas, cuestiones técnicas, etc. O sea un objeto de estudio muy acotado, estrechamente relacionado con la clásica historia político-militar de enfoque positivista, que consagró la historiografía oficial liberal en nuestro país. A su vez, la Argentina post-dictadura hizo un relato crítico de la violencia, donde todo lo que oliera a militar era sinónimo del terrorismo de Estado. Se consideraba que una investigación con ese eje era, de partida, metodológicamente anacrónica y retrógrada desde lo ideológico¹. En tren con el contexto mundial post guerras mundiales y la oleada de dictaduras que asolaron América Latina, se dio una reconstrucción del imaginario social como ajeno a la experiencia bélica: todo lo relacionado con las guerras fue visto como un factor negativo de las sociedades.

Durante la década de 1960, la historiografía anglosajona comenzó a instrumentar la metodología de la historia social a la historia de la guerra. Uno de sus representantes, el británico John Keegan, planteó la necesidad de ver a la guerra como un fenómeno específico en relación con su contexto². Esto significaba estudiar a los conflictos armados en relación con las variables sociales,

¹ Federico Lorenz, *Guerras de la historia argentina*, Buenos Aires, Ariel, 2015.

² John Keegan; *El rostro de la batalla*, Madrid, Noema, 2013.

políticas, económicas y tecnológicas, para configurar el marco de lo que es, en sí, un fenómeno sociocultural. La guerra no está sujeta a la política, como el conocido axioma de Carl von Clausewitz³, dado que implica la existencia de estructuras estatales, intereses geoestratégicos, cálculos racionales, etc., cuando la guerra antecede al surgimiento de los Estados. Se considera a la cultura como el factor crucial de la conducta humana, y la riqueza de esa cultura es la que sirve de argumento a la humanidad para aceptar su capacidad para la violencia. La historia misma enseña que los Estados de la actualidad, sus instituciones y sus leyes son, en parte, obra de conflictos, muchas veces cruentos. No obstante, los investigadores se amañan para situar esas lecciones de la historia en un ámbito de “otredad”, como ajenas al contexto social que las produjo. Una aproximación más objetiva es que la condena moral de la violencia no debe impedir su análisis e interpretación.

La historia de Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay estuvo estrechamente vinculada, como componentes del sistema de relaciones internacionales en la región del Río de la Plata⁴. Desde los procesos de fragmentación de los imperios ibéricos y de emancipación de las ex colonias, los vasos comunicantes se cortaron entre Buenos Aires y Asunción; la situación geopolítica en el Río de la Plata explica en cierta medida el aislamiento paraguayo hasta la década de 1840, y su posterior inserción internacional. En los años siguientes a esa apertura, Paraguay osciló en sus vínculos entre Brasil y la Confederación en la medida de satisfacer sus objetivos: la autonomía del país y la solución de los diferendos limítrofes. A principios de la década de 1860, cuando Argentina se hallaba en el proceso de organizar la república bajo el proyecto liberal, el gobierno paraguayo intentó tener una participación activa en los acontecimientos políticos del Río de la Plata.

El contexto rioplatense en la segunda mitad del siglo XIX

La necesidad de organizar constitucionalmente el país y establecer normas para el desarrollo económico de las provincias mesopotámicas, impedido por el dominio porteño de la aduana y el control de la navegación de los ríos interiores, fueron algunas de las causas para que Urquiza se pusiera al frente de la reacción que terminó derrocando a Rosas en 1852. Luego de la caída de este, los gobernadores de las provincias firmaron el Acuerdo de San Nicolás en mayo de 1852, para la definitiva organización constitucional del país. No obstante, persistía en Buenos Aires el proyecto liberal de

³ Carl von Clausewitz fue un oficial veterano de las guerras napoleónicas que, en la década de 1830, redactó el libro *De la guerra*, una de las obras más famosas sobre el tema, a pesar de que alcanzó difusión recién a fines del siglo XIX, cuando el autor ya había fallecido. En la actualidad se lo considera un compendio de estrategia, aplicable incluso al mundo de los negocios financieros.

⁴ Francisco Doratioto; *Op. cit.*, p. 21.

conformar un Estado que continuara bajo la hegemonía porteña, lo que pronto llevó de nuevo a la guerra civil y, en 1854, a la secesión de hecho y de derecho con la sanción de una carta constitucional para los porteños. El contenido de ambas constituciones era como poco muy cercano; no obstante, el punto crucial era el referido a las rentas nacionales: Buenos Aires no quería ceder sus rentas aduaneras hasta no asegurarse la hegemonía en el país. En tanto, la Confederación deseaba nacionalizar los beneficios del puerto de Buenos Aires y someter a la igualdad a la provincia porteña.

Tras casi una década de enfrentamiento, Buenos Aires volvió efectivamente al seno del país tras la batalla de Pavón. La victoria porteña supuso el predominio de los liberales encabezados por Bartolomé Mitre. Su programa era la implementación de un orden liberal con instituciones afianzadas, que posibilitara el desarrollo de las fuerzas productivas para la integración del país en el mercado mundial. Esto exigía la creación de ese orden a través del cambio de las situaciones provinciales, la mayoría en manos federales. Dada la debilidad de los sectores liberales en el Interior, se recurrió a la acción directa e indirecta para provocar esos cambios.

Ante la contradicción de presentarse como los adalides de la libertad de los pueblos y, no obstante, atacar gobiernos que gozaban de un importante apoyo, tanto en los sectores populares como en las elites, los liberales resolvieron el conflicto argumentando que aquellos pueblos habían sido rebajados a un estado de minoridad, que les impedía elegir libremente, por lo que primero debían ser “libertados”, instruirlos en la cultura política moderna, para que luego, sí, pudieran elegir conscientemente el sistema que les fuera más favorable⁵.

Mitre operó rápidamente contra el Interior federal, que fue cayendo como un castillo de naipes. La única resistencia la ofreció el general Ángel Vicente Peñaloza, caudillo riojano que enfrentó a las fuerzas porteñas en 1862-1863. Su fracaso demostró que las “montoneras”, mal armadas y falta de recursos, no podía medirse frente a fuerzas de línea. El vacío hecho por el “bajo pueblo” movió a las fuerzas represoras a actuar sin miramiento para con sus enemigos. En una cruel paradoja, se volvía (y alentaron) a las prácticas por las que se lo había condenado a Rosas: no dar cuartel al enemigo en caso de alzarse en armas, o siguiera reconocer la autonomía de las provincias en darse gobierno, dado que era catalogado como *bárbaro mazorquero* todo aquel que hubiera pertenecido al “viejo sistema”, aunque se adecuara al nuevo orden de cosas.

Por otro lado, el hasta hacía poco paladín de la federación, se mantuvo en una actitud pasiva, sin atender a los reclamos de los sublevados, que decían actuar en su nombre. Y es que Urquiza se había propuesto integrarse por completo al nuevo estado de las cosas, aunque ello implicara

⁵ Carlos A. Floria, César A. García Belsunce; *Historia de los argentinos*, Buenos Aires, Larousse, 2001, pp. 603-604.

ceder ante el “partido de los principios”. Sería esta una postura que no abandonaría por el reto de su vida política: se mantendría como el hombre fuerte del Litoral, el protagonista de la organización constitucional del país, pero nada más. El *Tigre de Montiel* sólo saldría de su reducto provincial en los días aciagos de la guerra contra el Paraguay, como se verá más adelante. En concreto, para fines de 1863 el liberalismo mitrista parecía haber conseguido la hegemonía sobre la república.

Brasil, el único Estado organizado como una monarquía parlamentaria en el continente, se había desarrollado en relativa paz y orden. Varios fueron los factores que coadyuvaron a ese proceso; por un lado, una vez lograda la independencia, esta se estableció de forma rápida y medianamente pacífica, en contraste con Hispanoamérica donde las luchas por la emancipación política fueron muy prolongadas y violentas⁶. En política internacional, Brasil fue desde los primeros años del decenio del 1800 un socio privilegiado de Inglaterra: su dependencia económica era similar a la de sus vecinos. En relación con éstos últimos, la diplomacia brasileña buscó evitar el surgimiento en el Sur de una república poderosa, ya que el desarrollo de esta podría incentivar los sentimientos separatistas en el Brasil, en particular en la conflictiva provincia de Rio Grande do Sul. La existencia autónoma de Paraguay y Uruguay era la única garantía, para Brasil, de que la navegación de los ríos de la cuenca del Plata no se nacionalizaría, lo que haría peligrar su comunicación fluvial con la provincia de Mato Grosso. De allí que la monarquía apoyara a las facciones liberales argentinas, abiertas al libre comercio y, por tanto, a la libre navegación de los ríos.

La antigua Banda Oriental, por la lógica de su origen, había sido inseparable de los extensos conflictos internos argentinos. Lograda su independencia en 1828, garantida esta por Inglaterra, Brasil y Buenos Aires, desde ese período no había conocido una época de orden, asolada por los conflictos facciosos entre conservadores (*blancos*) y liberales (*colorados*). Uno de los principales factores de desestabilidad era el respaldo con que contaban ambas facciones políticas uruguayas entre sus poderosos vecinos. En 1856, como salida política al conflicto, los representantes de ambos partidos, Venancio Flores de los colorados y Manuel Oribe de los blancos, renunciaron al poder y el primero emigró a Buenos Aires junto con sus partidarios, integrándose al ejército porteño. Allí, participarían activamente del conflicto contra la Confederación en puestos de primer orden, en tal medida que, obtenido el triunfo, Flores le recordaría a Mitre la deuda contraída para con los “proscriptos”.

Tensiones regionales

⁶ Leslie Bethell (ed.); *Historia de América Latina. 5. La independencia*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 191-192.

En los primeros años de la década de 1860 se dieron una serie de sucesos que encarrilarían lentamente a los países de la cuenca del Plata hacia la confrontación. El año sesenta y dos se volvería paradigmático por la serie de hechos que marcaron a los protagonistas del futuro conflicto: en Argentina Bartolomé Mitre logró la unificación nacional bajo la égida de Buenos Aires. En Brasil, el partido liberal reemplazó al conservador en la dirección del gobierno. Y en Paraguay, Francisco Solano López heredaba la presidencia tras el fallecimiento de su padre.

En primer término, la situación de Paraguay era la de un país unificado, con determinados avances tecnológicos mayores que otras naciones americanas. El desarrollo económico paraguayo era el vagón de cola de la locomotora estatal, dueña de casi el 90 % de las tierras y del 80 % del comercio interno y externo⁷. Sin embargo, para mantener el ritmo de crecimiento, la economía del país necesitaba ampliar el comercio exterior, con el objetivo de obtener capitales para seguir importando tecnología. Esto llevó al Estado paraguayo a intervenir más activamente en las cuestiones del Plata, rompiendo así con su anterior aislacionismo: se inició una política de acercamiento con el gobierno uruguayo para buscar una salida marítima al comercio internacional y la conexión con Europa, a través del puerto montevideano. A pesar de las malogradas alianzas con la Confederación, Asunción desconfiaba de los liberales de Buenos Aires, de modo que siguió tendiendo puentes con las provincias del Litoral. De este modo, Paraguay se vinculó con la oposición federal a Mitre.

En segundo término, las nuevas autoridades nacionales argentinas observaban que al Estado centralizado que pretendían imponer, se le presentaba un escenario donde el que consideraba su principal opositor, Urquiza, había establecido una especie de entendimiento entre el Litoral, el gobierno blanco uruguayo y el Paraguay. Por lo tanto, Mitre sintió que necesitaba un respaldo para afrontar el escenario que se le planteaba; sorpresivamente se volcó hacia un enemigo tradicional de la República: Brasil. El margen para esta maniobra estuvo dado por el cambio de gabinete en Rio, ahora en manos liberales. Si lograba llegar a un acuerdo con Brasil, incluso forzando la aceptación dentro de su propio partido, el presidente podría establecer una alianza fructífera que alejara las amenazas reales o percibidas desde el Litoral y Paraguay. El vuelco de la situación en Uruguay sería otro factor facilitador de ese arreglo.

Brasil había mantenido una política de sostenimiento de Uruguay y Paraguay como “colchones” a lo que consideraban una política expansionista de Buenos Aires. Con el primero siguió ejerciendo su hegemonía, con mayor peso desde el fin de la *Guerra grande*. Desde mediados de la década de 1850, los gobiernos blancos comenzaron a variar su política con el fin de sacudirse este yugo,

⁷ Francisco Doratioto; *Op. cit.*, p. 39.

lo que afectó los intereses comerciales brasileños y, en particular, a los terratenientes de Rio Grande. El inicio de la guerra civil fue recibida con cierto beneplácito, aunque el gobierno esperó a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

En cuanto Paraguay, Brasil había mantenido una relación pendular, dependiente de los sucesos que se desarrollaron en la región platina. Dos cuestiones importaban a la diplomacia imperial: la definición de los límites y la libre navegación. Carlos López había logrado suspender la primera cuestión con una moratoria de siete años (1856-1862)⁸. Cuando esta venció, las tratativas no llegaron a buen puerto, dado que los paraguayos consideraban que la libre navegación del río Paraguay por los brasileños era una amenaza directa a su soberanía. La situación se agravó con el ascenso de Solano López al poder; si bien su padre había querido llevar al Paraguay a figurar en el plano internacional, era consciente de las debilidades del país, y actuó en consonancia con esto. En cambio, su hijo compartía lo primero, pero no admitía limitaciones a su poder.

La cuestión oriental y la formación de la alianza liberal interestatal

En Uruguay, el partido blanco se había afianzado en el gobierno y, a pesar de las simpatías que lo acercaban a los federales en Argentina, había cumplido su promesa de estricta neutralidad dada al gobierno de Buenos Aires, durante la guerra civil. No obstante, el caudillo colorado Venancio Flores deseaba recuperar el protagonismo de la escena política uruguaya, a pesar de las ideas de fusión de partidos. Yendo más allá, desde 1860 el gobierno uruguayo buscó lograr cierta estabilidad interna y externa, a través de una política independiente, que rompiera la tradicional postura de *vai-vén* entre Buenos Aires y Rio. Se optó así, por acercarse al otro Estado de la cuenca del Plata, Paraguay, para establecer una alianza que diera cabida a un nuevo sistema de equilibrio regional⁹.

En 1863 el gobierno blanco se vio, no inesperadamente, amenazado por dos frentes: por un lado la invasión de Flores, con un desembozado apoyo de Buenos Aires. A esto se sumaban acciones concurrentes desde la frontera con el Brasil, donde hombres y armas se aprestaban para intervenir en la guerra civil. Incluso la prensa de Rio atizaba el fuego, exigiendo al gobierno imperial intervenir en defensa de los brasileños establecidos en Uruguay, cosa que pronto hizo a través de protestas oficiales, que no ocultaban el tenor de amenaza de las mismas¹⁰.

⁸ *Ibíd.*, p. 34.

⁹ Francisco Doratioto; *Op. cit.*, p. 43.

¹⁰ Francisco Doratioto; *Op. cit.*

El vuelco fundamental para las relaciones entre Buenos Aires y Rio se dio con el afianzamiento de los liberales en las dirigencias de ambos países. Este último acontecimiento, alentó en Mitre y su gobierno la idea de que bajo el auspicio de la comunión de ideas se podría conformar un eje entre ambos Estados, que alejaría pasadas rivalidades y alentaría, a través del comercio y el entendimiento, una era de progreso. De allí que el escenario de una alianza, hasta entonces pensada imposible, entre Argentina y Brasil, fuera considerada como un objetivo político de primer orden por Buenos Aires. Esta situación se hacía necesaria máxime cuando la guerra civil en Uruguay estaba atrayendo a su cauce la intervención dispersa, pero importante, de los federales del litoral en favor de los blancos. El conflicto también aseguraba la intervención del Brasil: la injerencia imperial podía encender las brasas de las cenizas, aún calientes, de las rebeliones federales en el Interior.

Por el lado brasileño, la unificación de Argentina y su injerencia en la cuestión oriental era vista como una amenaza a los intereses imperiales en Uruguay. El apoyo otorgado desde Buenos Aires a Flores no podía dejar de preocupar ante un desenlace que favoreciera al caudillo colorado. Así, la diplomacia brasileña entró en acción para desplazar la influencia argentina; por un lado se prestó auxilio a Flores y, por otro, se atendió a los pedidos de los terratenientes riograndenses¹¹.

En tanto, mientras que la alianza entre Buenos Aires y Rio se iba forjando, López buscaba incidir en el conflicto, pero siempre sin concretar una posición firme que le restara margen de maniobra. La manifiesta injerencia del gobierno argentino en la guerra civil motivó un intercambio de correspondencia a nivel gubernamental, que, contrariando las ansias de Asunción, Buenos Aires dejó pasar sin considerar seriamente sus planteos. El desaire no cayó en saco roto, y López encontró la indiferencia como una afrenta, tanto a su país como a su persona¹².

Volviendo al Río de la Plata, en junio se trasladaron a Uruguay el Ministro Elizalde y el diplomático británico en Buenos Aires, Edward Thornton. A pesar de las posturas revisionistas, que ponen a este personaje como enemigo del Paraguay y “verdadero autor del drama; el hombre que tras bastidores empujará la guerra”¹³, su presencia estaba legitimada como representante de Inglaterra en cuanto garante de la independencia de Uruguay. Pero, ante todo, el objetivo de Thornton era terminar con la guerra civil oriental, que perjudicaba los intereses comerciales británicos en ese país. De allí a considerar que se había orquestado un complot para llevar la guerra al Paraguay, dado que “el Paraguay de López es un escándalo en América. Un país bastándose así mismo, que nada traía de Inglate-

¹¹ Carlos A. Floria, César A. García Belsunce; *Op. cit.*, p. 625.

¹² José Berges a Félix Egusquiza, Asunción, enero 6 de 1864; *Ibíd.*, p. 302.

¹³ José M. Rosa; *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1985, p. 126.

rra”¹⁴ está alejado de la realidad, teniendo en cuenta que el empuje de la economía y el desarrollo paraguayo estaba estrechamente vinculado al aporte de técnicos y tecnología europea, en particular británicas, como ya se mencionó más arriba.

En concreto, si bien las tratativas fracasaron, una consecuencia fundamental para el devenir histórico de la región, fue la conformación (esta sí, secreta) de una alianza política en junio de 1864 entre los liberales argentinos y brasileños con los colorados uruguayos¹⁵. Era la concreción de un verdadero eje liberal interestatal que antecedió al Tratado de la Triple Alianza de mayo de 1865, y que le daría sustancia a este. La alianza apuntaba, para los mitristas, a obtener una baza frente a Urquiza y, para los brasileños mantener abiertas sus comunicaciones fluviales en caso de conflicto con el Paraguay.

El interrogante entrerriano

Si bien Urquiza mantuvo con firmeza su posición de no mezclar al país en la guerra civil uruguaya, en Buenos Aires se continuaba abrigando sospechas de que intentaría recomponer el viejo orden. Sin embargo, el jefe federal había apostado a la integración total al nuevo orden desde Pavón, y tenía la esperanza de volver a la primera magistratura a través los mecanismos constitucionales. En tanto, los hechos se precipitaban: en noviembre de 1864 era apresado un buque mercante brasileño en aguas del Paraguay, seguido poco después por la invasión guaraní de la provincia imperial de Mato Grosso. Era el inicio del conflicto internacional, y la diplomacia brasileña rápidamente entró en acción nuevamente; en diciembre arribaba a Buenos Aires una misión para volcar al presidente argentino a favor del Brasil. Sin embargo, el clima político no era el apropiado para hacer pública la alianza acordada en junio de ese año con Brasil.

Urquiza realizó un último intento de asegurar la paz; pero su enviado se encontró con el presidente paraguayo prevenido contra la actitud de Mitre y en pleno conocimiento de la alianza secreta entre Rio y Buenos Aires. En tanto, en Uruguay, en febrero de 1865, el gobierno llegaba a un acuerdo con Flores, que posibilitó su acceso a la presidencia¹⁶. Justo cuando comenzaba la guerra, Paraguay se quedaba sin su único aliado. *Alea jacta est.*

¹⁴ José M. Rosa; *Op. cit.*, p. 137.

¹⁵ Francisco Doratioto; *Op. cit.*, pp. 50-52.

¹⁶ Carlos A. Floria, César A. García Belsunce; *Ibid.*

¿Otra “fecha que vivirá en la infamia”¹⁷?

Ante la negativa del gobierno argentino a permitir el tránsito de fuerzas militares paraguayas por las Misiones Orientales, Asunción había declarado la guerra a Argentina el 17 de marzo de 1865; no obstante, la notificación oficial se firmó recién el 29 de ese mes. El agente paraguayo en Buenos Aires recibió la nota pertinente el 8 de abril, pero, conforme a las órdenes recibidas, pasó la comunicación al gobierno argentino recién el 3 de mayo, cuando la invasión ya se había producido (14 de abril). Esta es la postura de la historiografía tradicional. Sin embargo, varios datos permiten establecer que Mitre conocía el estado de beligerancia por medios particulares, y lo ocultó al público, para forzar la adhesión de la ciudadanía mediante el recurso extremo de aparentar que la agresión se había producida en plena paz, sin advertencia previa.

Mitre sabía que el probable frente de operaciones sería el Litoral, donde el Paraguay contaba con muchos simpatizantes, en la misma medida que opositores a cualquier acercamiento con Brasil. Debía entonces conseguir un *casus belli* aglutinador que agitara el sentimiento nacional. Ante todo, como ya se expuso más arriba, la prensa porteña liberal fustigaba al régimen de Asunción, a la par que predicaba con pasión la guerra desde diciembre de 1864. El 11 de abril de 1865 el oficialista *La Nación Argentina* publicaba que López le había declarado la guerra a Uruguay, Brasil y Argentina¹⁸. Otro periódico porteño, *La Tribuna*, por esos días daba ya como un hecho el conflicto¹⁹.

Un elemento concluyente es la comunicación del diplomático británico Thornton al primer ministro Lord Russell, ese mismo 12 de abril, en la cual informaba que el Ministro Elizalde le había manifestado tener conocimiento de la existencia de una copia de la declaración de guerra paraguaya²⁰. Para aseverar esto último, nada menos que la comunicación de Elizalde al comisionado en Rio, José Mármol, escrita el 11 de abril, en la que lo anoticiaba del estallido del conflicto²¹. De manera que, si bien el agente paraguayo en Buenos Aires mantuvo en reserva la declaración hasta mayo, siguiendo sus instrucciones, por las fuentes antes citadas surge que funcionarios de primera línea del gobierno la conocía en los días previos a la invasión.

¹⁷ Del discurso del presidente de EEUU Franklin D. Roosevelt del 8 de diciembre de 1941, y con el que se apostrofaba al ataque sin declaración previa de guerra por parte de Japón contra Pearl Harbour (7 de diciembre); presuntamente existieron varios indicios, conocidos por el gobierno norteamericano, que anticipaban la acción de los japoneses.

¹⁸ En Isidoro J. Ruiz Moreno; *Campañas militares argentinas. La política y la guerra. Guerra exterior y luchas internas (1865-1874)*, Buenos Aires, Claridad, tomo4, 2008, p. 15.

¹⁹ Isidoro J. Ruiz Moreno; *Op. cit.*

²⁰ *Ibid.*, p. 16.

²¹ *Ibid.*; p. 15.

Con este curso de los hechos, producido el ataque a Corrientes el 13 de abril de 1865, Mitre pudo emitir una proclama en la que se escenificaba a una Argentina siendo asaltada “traidoramente a mano armada”²² en medio de plena paz. Así, la Triple Alianza suscrita en mayo de ese año, pero constituida de hecho en 1864, recibió la aprobación de la opinión pública porteña. El tratado declaraba que la guerra se hacía contra el gobierno paraguayo y no contra su pueblo; serían garantizadas la independencia, soberanía e integridad territorial del país. No obstante, otras cláusulas relativizaban esas aseveraciones: los litigios limítrofes del Paraguay con Brasil y Argentina se saldaban con amplia ventaja para los aliados, las deudas de guerra recaerían en el enemigo y el nuevo Estado que surgiera carecería de fuerzas armadas. El Congreso declaró la guerra al Paraguay el 6 de mayo de 1865, pero el tratado no le fue comunicado como establecía la constitución²³.

La hecatombe

López tuvo la idea de hacer una guerra relámpago: con el frente brasileño asegurado tras su toma de Mato Grosso, planeó enlazar sus fuerzas con las orientales y, así, matar dos pájaros de un tiro: por un lado derrocar a los liberales porteños con la segura colaboración activa de Urquiza, colocar un gobierno amigo en Argentina y, unidos, barrer a los imperiales de la Banda Oriental, asegurando otro Estado aliado en el Plata; de manera tal que Paraguay resultaría en un actor de primer orden en el nuevo escenario platense.

El plan fracasó en primer término porque los federales no se plegaron a los paraguayos: Urquiza, como ya se dijo, mostró en todo momento un apoyo total al gobierno de Mitre, lo que no fue correspondido por sus paisanos, que desertaron en masa en los primeros días de julio, contrarios a luchar esta “guerra de porteños”. En segundo lugar, las propias ineficiencias de los paraguayos en mando y logística provocaron su pronta derrota, a pesar de las propias dificultades aliadas, por lo que a principios de noviembre de 1865 las tropas guaraníes ya estaban de regreso en su territorio. En tanto, los aliados iniciaron el lento proceso de organizar el ejército para la invasión.

En abril de 1866 los aliados invadían el Paraguay. Sin embargo, sus comandantes desconocían el terreno por el que debían moverse; además, una geografía compleja propia de un ambiente selvático, las deficiencias sanitarias que fueron agente para la propagación de epidemias, la tensión inherente a un mando cuasi colegiado entre los comandantes aliados, y la reconocida valentía y tesón de los paraguayos obturaron un pronto desenlace a la contienda.

²² *Ibíd.*; p. 28.

²³ Artículo 67, inciso 19 sobre “Atribuciones del Congreso” de la Constitución de la Nación Argentina de 1860.

Otro frente que se abrió a los aliados fue el diplomático: el tratado secreto de la Triple Alianza, que preveía la desmembración del Paraguay fue dado a conocer en el mundo. Obtenido por el ministro británico en Uruguay, las cláusulas secretas del tratado fueron expuestas en el Parlamento en marzo de 1866. La prensa europea denunció a los aliados, que hasta entonces se habían presentado como víctimas de un déspota²⁴. El escándalo también repercutió en el resto de América, desencadenaron una ola de rechazo y protesta oficial y pública

En tanto, en el teatro de la guerra, Mitre se abocó a la reconstitución del ejército aliado que era azotado por el cólera, la disentería y el paludismo. En septiembre, un encuentro entre los líderes enemigos no arribó a nada, más allá de conseguir algo de tiempo para los paraguayos. La tarea de rehacer las fuerzas aliadas se complicaron aún más cuando, en febrero de 1867, Mitre debió retirar a casi la mitad del contingente argentino para reprimir las sublevaciones federales del Interior. Allí, las condiciones que habían impulsado el levantamiento de Peñaloza no habían desaparecido; los gobiernos liberales seguían una política de país conquistado en las provincias, sumado a que las levadas para la guerra provocaban el descalabro de economías ya debilitadas. La revolución de los “Colorados” había estallado en Mendoza en septiembre de 1866 y se extendió a casi todas las provincias cordilleranas y al medio rural cordobés, poniendo en un grave entrevero a las autoridades nacionales. El presidente Mitre confiaba en que la represión rotunda lograra la sumisión incondicional de las autoridades del Interior²⁵. El ejército nacional, templado en los esteros paraguayos, demostró su valía para imponer las directivas centrales: la revolución estaba derrotada para fines de 1867.

A partir del sitio del *Cuadrilátero*²⁶, la derrota del Paraguay era inevitable: el país había agotado sus recursos materiales y humanos y la única salida de López para salvar algo de su patria era abandonar el poder, requisito incondicional de los aliados para acordar la paz. Sin embargo, el líder paraguayo decidió prolongar la guerra a todo trance, con el único objetivo plausible de causar la mayor cantidad de bajas al enemigo. Probablemente esperaba causar la desmoralización y el disenso suficiente que llevara al rompimiento de la alianza. A la manera de otros autócratas del siglo XX, condenó a su pueblo a la ruina.

En enero de 1868, con el mando de las fuerzas aliadas en manos brasileñas, la ofensiva recuperó su ímpetu. En julio cayó Humaitá, la fortaleza que había detenido a los aliados por dos años.

²⁴ Thomas Whigham; *La Guerra de la Triple Alianza. El triunfo de la violencia, el fracaso de la paz*, Asunción, Taurus, vol. 2, 2013, pp. 72-73.

²⁵ Isidoro J. Ruiz Moreno; *Op. cit.*, tomo 4, p. 191.

²⁶ Así eran conocidas por los aliados la red de fortificaciones paraguayas en el alto Paraguay.

López fue retrogradando, estableciendo nuevas líneas defendidas por un ejército famélico de hambreados soldados. A fines de ese año, los aliados habían destruido los restos de la fuerza militar enemiga y en enero de 1869, ocupaban Asunción. El mariscal huyó a la región montañosa del interior, donde halló su famosa muerte en Cerro Corá, el 1 de marzo de 1870. Finalizaba así la tragedia del Paraguay, dando paso a un escenario de pérdidas territoriales y tutelaje por parte de Brasil y Argentina.

El impacto del conflicto

En cuanto a las bajas tras los cinco largos años de conflicto, aún hoy se debate sobre la cantidad de pérdidas humanas entre los paraguayos. En cualquiera de los casos son terribles, llegando a un máximo de 270.000 militares y civiles, de una población de aproximadamente medio millón de habitantes. La vasta mayoría de las muertes fueron causadas por enfermedades y el hambre, antes que por la acción enemiga. A esto se sumaron las migraciones forzosas ordenadas por López, dada su política de hacer tierra arrasada a los aliados. Argentina envió a la guerra a casi 30.000 hombres, de los cuales 18.000 resultaron muertos o heridos. Brasil participó con 139.000, de los que 50.000 murieron; Uruguay, el socio menor de la alianza, perdió 5.000 hombres de los 5.500 que participaron. La gran mayoría de las bajas, al igual que en el caso paraguayo, se dieron por enfermedades y los rigores del teatro de operaciones²⁷. Indudablemente, más allá de las estadísticas, verdaderamente se puede encuadrar el conflicto como los episodios de matanza y destrucción, típicos del siglo XX²⁸.

En el plano económico, el conflicto resultó beneficioso para la actividad pecuaria argentina, pues algunos criadores se enriquecieron mediante la provisión de carne, cueros, ganado equino para los aliados. Uno de los que obtuvieron mayores ganancias fue Urquiza, que ganó pingües beneficios, sobre todo como proveedor de los brasileños. La guerra también dio impulso a la producción de trigo y maíz en las colonias agrícolas del Litoral.

En el plano regional, los acuerdos de la Triple Alianza ya se habían asegurado la continuidad de las tensiones entre los socios principales, y así fue como ocurrió. En el período 1869-1876 Paraguay fue, virtualmente, un protectorado del Brasil²⁹, que maneja, según sus intereses, la política exterior de sus débiles gobiernos. Para esta época, el gabinete imperial volvió a estar en manos de los conservadores, que trató de evitar que Argentina se apoderase de todo el Chaco. En Buenos Aires, la

²⁷ Francisco Doratioto; *Op. cit.*, p. 441.

²⁸ Eric Hobsbawm; *La era del capital 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 2012, pp. 77-78.

²⁹ Francisco Doratioto; *Op. cit.*, p. 442.

debilidad del gobierno llevó a una política pendular, que puso en aprietos a la presidencia de Sarmiento. Para 1870, la postura más firme de Argentina llevó a la ruptura con Brasil que, violando los acuerdos, firmó la paz por separado con Asunción en 1872.

El gobierno de Avellaneda reconoció los errores pasados y tuvo una postura más flexible; así, en 1875 se logró llegar a un tratado de paz con Paraguay. A partir de ese momento Argentina se volcó de lleno a la economía agroexportadora y al estrechamiento de las relaciones con Inglaterra, con lo que el espacio regional rioplatense perdió su carácter vital³⁰.

El conflicto en el proceso de construcción estatal

Para Buenos Aires, los largos años de conflictos habían forjado un instrumento que sería esencial para la concreción del proyecto liberal. Los cinco años de guerra dieron al ejército nacional cohesión, eficiencia y conciencia de sí mismo³¹. La rivalidad con las fueras brasileñas (que se acentuó durante el conflicto), varió el criterio con que se consideraba al Paraguay, creando una suerte de simpatía hacia su pueblo, tan valeroso y sufrido³².

El gobierno de Sarmiento no sólo estructuró las bases del ejército profesional³³, sino que utilizó a los cuerpos militares como herramienta para consolidar el poder del ejecutivo y aportarle una definida primacía por sobre los gobiernos provinciales: los comandantes al mando de las tropas recibieron el apodo de “procónsules” por la oposición, lo que manifestaba su visión localista ante el fenómeno de una oficialidad “nacional” adicta al ejecutivo antes que a sus “pagos”. Mientras que sobre las provincias del Interior la imposición del orden fue una tarea relativamente poco problemática, otro fue el panorama con Entre Ríos y Buenos Aires. En ambos escenarios existían milicias bien armadas y capaces de disputar el poder a las autoridades nacionales. El proceso que llevó a la extinción de estas fuerzas se dio en 1870-1880, a costa de nuevos derramamientos de sangre.

Esta primacía del ejército nacional sobre las milicias provinciales fue fruto de la homogeneización nacida de las experiencias compartidas en el Paraguay: los interminables períodos de inactividad fueron, en particular para la oficialidad joven provinciana y porteña, una fragua de coincidencias, amistades y solidaridades que, sin borrar las ideologías, consolidaba en sí la idea de un país

³⁰ *Ibíd*, pp. 444-448.

³¹ Miguel A. Scenna; *Op. cit.*, p. 78.

³² Ignacio H. Fotheringham; *La vida de un soldado. Reminiscencias de las fronteras*, Buenos Aires, Ed. Ciudad Argentina, 1998, p. 102.

³³ Se crearon el Colegio Militar en 1869 y de la Escuela Naval en 1872.

unido y un proyecto de nación³⁴. En los campamentos convivieron tres futuros presidentes: Julio A. Roca, Carlos Pellegrini y Victorino de la Plaza; fundadores de importantes partidos políticos, como Leandro N. Alem y Aristóbulo del Valle; escritores como Lucio V. Mansilla; altos jefes militares, protagonistas de la profesionalización de las fuerzas armadas, como Luis M. Campos y Nicolás Levalle; diplomáticos como Enrique B. Moreno, y muchos más³⁵. Puede decirse que se trató de una *Generación de la guerra*, que ayudó a consolidar el proyecto político iniciado en 1862 y concretado por la *Generación del ochenta*.

La guerra del Paraguay fue el resultado de las contradicciones geopolíticas del Plata, que tuvo como razón última la consolidación de los Estados nacionales de la región. Estas contradicciones se cristalizaron en torno a la crisis en Uruguay, que comenzó con el respaldo de Buenos Aires a los sublevados y en la que terminaron interviniendo Brasil y Paraguay. No obstante, el conflicto regional que se desencadenó no era inevitable ni estaba predestinado a ocurrir. La guerra terminó por estallar porque le interesaba a cada uno de los implicados. Teniendo como base informaciones parciales o falsas de sus potenciales enemigos, cada gobierno previó un conflicto rápido y de bajo costo para alcanzar sus objetivos; de manera que no hubo “buenos” y “malos” como postula el revisionismo, sino intereses geopolíticos concretos.

³⁴ Miguel A. De Marco; *Op. cit.*, tomo 4, p. 244; Miguel A. Scenna; *Op. cit.*, p. 83.

³⁵ Miguel A. De Marco; *Op. cit.*, tomo 4, p. 245.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS IMPRESAS

LIBROS

Ruiz Moreno, Isidoro J.; *Campañas militares argentinas. La política y la guerra. Rebeliones y crisis internacional (1854-1865)*, Buenos Aires, Claridad, tomo III, 2008.

- *Campañas militares argentinas. La política y la guerra. Guerra exterior y luchas intestinas (1865-1874)*, Buenos Aires, Claridad, tomo IV, 2008.

MEMORIAS

Fotheringham, Ignacio H.; *La vida de un soldado. Reminiscencias de las fronteras*, Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1998.

Garmendia, José Ignacio; *Cartera de un soldado (bocetos sobre la marcha)*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1973.

Seeber, Francisco; *Desde el frente de batalla. Cartas sobre la guerra del Paraguay 1865-1866. Introducción de Miguel Ángel de Marco*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2002.

FUENTES SECUNDARIAS

Bethell, Leslie (ed.); *Historia de América Latina. 5. La independencia*, Barcelona, Crítica, 1991.

- *Historia de América Latina. 6. América Latina independiente, 1820-1870*, Barcelona, Crítica, 1991.

De Marco, Miguel A.; *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Doratioto, Francisco; *Maldita guerra. Nueva historia de la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Emecé, 2004.

Floria, Carlos A., García Belsunce, César A.; *Historia de los argentinos*, Buenos Aires, Larousse, 2001.

Guerra Vilaboy, Sergio; *Paraguay: de la independencia a la dominación imperialista 1811-1870*, Asunción, Carlos Schauman Editor, 1991.

Halperin Donghi, Tulio; *Historia contemporánea de América latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

Hobsbawm, Eric; *La era del capital 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 2012.

Keegan, John; *El rostro de la batalla*, Madrid, Turner Noema, 2013.

- *Historia de la guerra*, Madrid, Turner Noema, 2014.

Lorenz, Federico (comp.); *Guerras de la historia argentina*, Buenos Aires, Ariel, 2015.

Luna, Félix; *Los caudillos*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Rock, David; *Argentina 1516-1987: desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Buenos Aires, Alianza Singular, 1995.

Rosa, José M.; *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1985.

Scenna, Miguel A.; *Los militares*, Buenos Aires, Ed. Belgrano, 1980.

Whigham, Thomas; *La guerra de la Triple Alianza. El triunfo de la violencia, el fracaso de la paz*, Asunción, Prisa, volumen II, 2013.

- *La guerra de la Triple Alianza. Danza de muerte y destrucción*, Asunción, Prisa, volumen III, 2013.